

Vida y escritura

Guadalupe Alonso

Como el geólogo que indaga en las profundidades de un volcán para conocer cómo se mezclan los elementos que detonan su actividad, quien se adentre en los textos de *Pasiones y obsesiones* podrá descubrir algunos de los resortes que mueven al artista hacia la creación, en este caso literaria, así como los hábitos y manías que lo acompañan en la soledad de la escritura. “¿Hay acaso creación que no esté marcada por pasiones y obsesiones?”, se pregunta Sandra Lorenzano, quien coordinó esta edición luego de que indujera, sin argucias, a poetas, narradores y ensayistas a comparecer en el confesionario. Así, se conformó un grupo de treinta y seis autores de México, Guatemala, Estados Unidos, Colombia, Venezuela, Brasil, Perú, Chile y Argentina que había sido convocado al IV Encuentro Latinoamericano de Escritores, en 2008, que a su vez fue un homenaje a Octavio Paz a diez años de su muerte. El libro *Pasiones y obsesiones. Secretos del oficio de escribir* es el resultado de esta convocatoria.

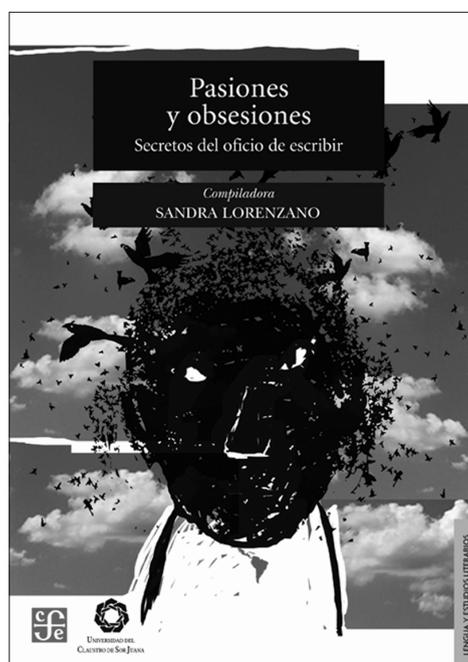
Si bien la mayoría de los convidados narraron las experiencias propias de muy diversas maneras, hubo quienes optaron por descifrar al Premio Nobel mexicano a través de sus diversas facetas. En “El poeta como revisor. Notas para la relectura de *Pasado en claro*”, Adolfo Castañón analiza, a través de un texto revelador, el trayecto de este poema que Paz escribiera a sus sesenta años, “cuando el poeta está en posibilidad de volver a visitar algunos lugares y personajes poéticos que alimentaron su obra en distintos momentos”. Castañón parte de la obsesión del autor como revisor y narra el modo en que volvía una y otra vez a la obra ya publicada para corregir, adelgazar, suprimir o modificar; “un entusiasmo infatigable por la aventura de la escritura poética,

y una vivacidad sorprendente en la prontitud con que el poeta va asimilando las lecciones poéticas y críticas que se desprenden de su propio oficio”. Al mismo tiempo, la pasión del revisor se engarza con la del “poeta como un arqueólogo desenterrando las ruinas que lleva sepultadas dentro de él mismo”. La infancia en “el jardín encantado de Mixcoac”, “el joven anciano melancólico que va a su encuentro”, aquella “higuera sensitiva y sensual” son imágenes que ya se venían dibujando en otros poemas; sin embargo, *Pasado en claro*, un texto autobiográfico, confesional, “es una obra que, desde su mismo título”, dice Castañón, “apunta a la necesidad consciente de la revisión, al deber de la autocrítica como única forma de modificar el espejo del pasado”.

Desde otra perspectiva, pero que apunta hacia la misma dirección, el texto de Ignacio Solares, “La pasión por la corrección”, es afín al anterior al referirse al poeta como editor. Solares recuerda cuando co-

laboró con Paz en la revista *Plural*: “En nadie más he visto tal pasión por la corrección. Cambiaba párrafos, agregaba ideas, retocaba todos los estilos, incluido el suyo, una y otra vez”. La pasión de Octavio Paz por la literatura se reflejó en todos los ámbitos de su vida y, por ende, de su escritura, pero no sólo de la suya, como atinadamente lo consigna Solares, sino también en la de otros escritores en aquella época “incipientes” con quienes, a través de varias generaciones, estableció un diálogo enriquecedor. “Pero le sucedía en todo; en una ocasión”, escribe Solares, “le oí decir: ‘Breton nunca dejó de combatir. Si hubiera vivido hasta los cien años hubiera seguido combatiendo igual’. No hizo otra cosa Paz. Combatir furiosamente hasta el final, pero así como combate el viento con las banderas”.

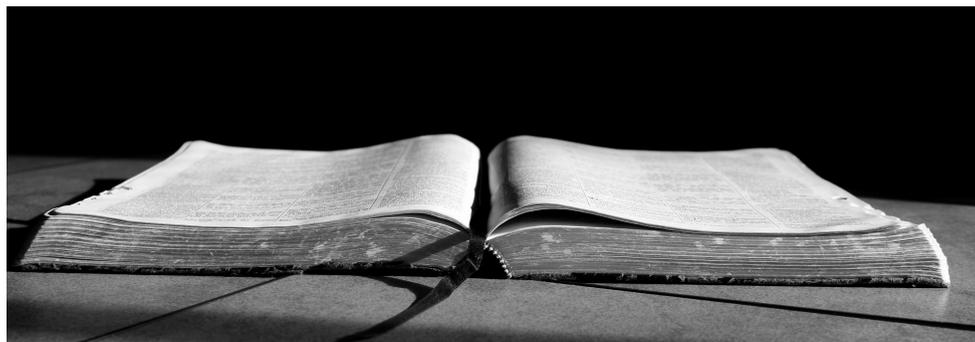
Si alguna obsesión comparte el grupo de escritores que reúne este libro es “la obsesión por la escritura, que es la más inútil de todas”. Así lo expresa Álvaro Enrigue en su espléndido texto titulado “Elogio del neopreno”. Al explorar en los terrenos de la ficción, distingue entre la tragedia —un género metafórico porque compara— y la parodia —que sólo se refiere a sí misma, es literal—; Enrigue se inclina hacia la segunda. “Si puedo elegir a la hora de llevarme una lectura a la cama, en ambos sentidos de la expresión, prefiero a los maestros de la parodia. Al haber elegido poner en primer plano al lenguaje, se humanizan. Sólo pueden hablar de sí mismos y de las fantasías que hayan creado en torno al yo que habitan y eso es, en todo caso, lo que me interesa leer cuando leo literatura. No una teoría clarividente sino a alguien”. Y como el buzo dentro de un traje de neopreno que deja pasar sólo unos cinco milímetros de agua y luego se cierra, así, “la inmensidad



es una fantasía que es mejor visitar desde un yo herméticamente cerrado que trata de llevar con dignidad su nombre”. La literatura, la ficción, como nuestra mejor posibilidad de situarnos en el otro; como la paciente acumulación de registros vida por vida, la memoria de otros que nos van civilizando. “Todo el mundo”, concluye, “tiene derecho por supuesto, a su enfermedad mental, a su mal humor, a su cursilería. Cuando leemos una ficción, ¿realmente estamos buscando definiciones del alma nacional, el espíritu de un tiempo? Creo que no, nada de alumbramientos, nada de definiciones, un yo y las arrugas irrepitibles de su traje de neopreno. El libro como registro de todo eso”.

En otro registro, Sergio González Rodríguez convoca a una reflexión sobre la literatura contemporánea desde “Script para cine abstracto o cómo la literatura se resiste a la adaptación fílmica”. La literatura actual, dice, debe confrontar la tradición, la Internet y las nuevas tecnologías, y el arte-entretenimiento. “Tal es la triple voracidad absolutista que se ha propuesto aniquilar a la literatura en su estatuto autónomo”. Al mismo tiempo se pregunta: “¿Cómo negarse a reconocer a quienes saben trasladar el ámbito literario a lo visual, o logran una poética con la imagen?”. “La literatura, concluye, vive del intervalo, del intersticio, de la infinitud que convoca el silencio [...]. El misterio ante lo que suele estar fuera de la mirada, del sujeto, de la conciencia. O en el oído que ve y el tacto que escucha, en la lengua que piensa. La pasión de hacer ficciones, la obsesión de reinventar el mundo. El gusto vehemente, el ánimo en vértigo ensimismado. La literatura”.

“¿Cómo enumerar mis pasiones y obsesiones siendo, como soy, una apasionada y una obsesa? ¿Por cuál iniciar, cómo desnudarme ante ustedes confesando pasiones y obsesiones públicas y privadas?”, se pregunta Roxana Elvridge-Thomas. Y decide comenzar por lo públicamente aceptado, su pasión por la poesía. Del mismo modo, Myriam Moscona refiere, en “Una almohada en llamas”, su pasión u obsesión por la poesía y el arte al explorar las posibilidades del poema visual como una “forma de pintar con las palabras”. Pero hay otro tipo de obsesiones que echan a andar



el motor de la escritura. Eduardo Antonio Parra confiesa que lo que más le ha intrigado y fascinado es la pasión por el poder; el chileno Nicolás Poblete reconoce su “pasión secreta/obsesión por plasmar en la ficción el caos externo que invade nuestra vida íntima, ocasionalmente ganando alguna simetría, alguna respuesta”; mientras que Mauricio Montiel reconoce su deslumbramiento por “todo lo vinculado con el orbe marítimo; muelles y playas, arrecifes y bahías, tormentas tropicales, maremotos o tsunamis, atolones e islas”.

El norteamericano Santiago Vaquera Vásquez, un cruzador impertinente de fronteras, enumera en diez puntos sus obsesiones. “Confieso que *I was made in Mexico*, nacido en los USA. Que vengo de la comunidad de la lengua bífida. Que de mis obsesiones, una que ha marcado mi vida es la de cruzar, brincar, saltar, desaparecer fronteras, límites, barreras”.

El amor, la pasión, el deseo, la muerte, el dolor, la música, el fútbol, la comida han sido pasiones y obsesiones afines al ser humano y han marcado la obra de escritores y poetas, tal como se muestra en estos secretos del oficio de escribir. Así también, contemplar el pasado y atisbar el porvenir, son, a decir de Jorge Volpi, “las dos obsesiones principales de nuestra especie”. Pero también en estos textos confesionales encontramos algunas rarezas como es el caso de la chilena Lina Meruane y su “afán por el cuerpo, por las funciones y disfunciones de sus órganos, por la materialidad que se impone a la metáfora”, una obsesión vuelta vocación desde la infancia que la llevó a atesorar meticulosamente dientes y muelas, escombros de costras, radiografías y hasta el cálculo vesicular de su abuela. Al paso del tiempo, Lina comprendió que “existía un secreto vínculo entre mi pasión por el

cuerpo en su proceso de deterioro y la escritura que también va dejando tras de sí los despojos de la vida”. La autora narra cómo consiguió una invitación al Instituto Médico Legal, el depósito de cadáveres de Santiago. Una vez ahí, entre “un corazón de arterias recortadas, un bazo hinchado por la leucemia, la masa arrugada y grisácea del cerebro”, no pudo resistir: “La escena de muerte real (aun esa mínima y fragmentada cuota), los pedazos de uno o más cadáveres dispuestos sobre la mesa, el cuchillo entrando en la carne como en la carnicería me resultaba insoportable”. Comprendió entonces que a esa morgue no la había inducido “el simple deseo de ver cadáveres sumergidos en el misterio mortal de su anonimato sino la necesidad de descifrar un enigma. La morgue como síntoma de la inquietud concreta que nunca podría satisfacerse en la experiencia real. Acaso por eso mi escritura se ha volcado a examinar, desde la ficción, el cuerpo y sus vicisitudes, el devenir tanático pero también el instinto vital—y por qué no decirlo, creativo, gozoso— de los órganos”. “Necromanía”, de Lina Meruane, uno de los momentos más inquietantes de estas confesiones, es quizá la vía más directa hacia el centro del volcán para descubrir de qué está compuesto el magma donde se funden vida y escritura, realidad y ficción.

“Toda pasión, toda obsesión”, concluye Meruane, “se constituye en la distancia de su objeto, en la imposibilidad misma de atraparlo. El fracaso de la morgue residía en su exceso de verdad, en el peso insoportable de una realidad incapaz de revelar la deslumbrante condición de lo humano”. **U**

Sandra Lorenzano (compiladora), *Pasiones y obsesiones. Secretos del oficio de escribir*, Fondo de Cultura Económica/Universidad del Claustro de Sor Juana, México, 2012, 226 pp. Lengua y Estudios Literarios.